

Testimonio de un Quehacer Horrendo y Suburbial

Por Máximo Blavatsky

*A don Patricio Guzmán Hernández
Detective de la Brigada de Homicidios
Policía de Investigaciones*

En Villa de los Mares, a 27 días del mes de Septiembre del año 2006.

Respetado señor:

Tal como fue concertado la semana en que se llevó a efecto mi declaración, he reunido únicamente tres pruebas que me ha sido posible hallar entre las pertenencias de mi difunto hermano. Del mismo modo que ha ocurrido con la primera parte de su diario, la asidua correspondencia que él mantenía con los miembros berlineses del sindicato ocultista, se ha esfumado completamente.

Es menester que le recuerde que Octavio impartía cátedras de Biología y Estadística Inferencial en la Universidad Santa Ana. Es debido a lo anterior, que presumo que las evidencias restantes podrían hallarse en las estanterías de su despacho situado en el edificio A de dicho establecimiento.

He tenido que llevar a cabo numerosas diligencias en los últimos días, por ello es que le escribo a vuela pluma estas escasas líneas. De momento le ruego que me mantenga al tanto acerca de todo aquello concerniente a la investigación. Ya ha transcurrido un mes desde que sobrevino el cruento crimen, y el dolor que aflige inconsolablemente a mi familia no es algo que logre, en absoluto, aplacar la sed de justicia que anhelamos.

Sin otro particular y agradeciendo de antemano vuestra gentileza; se despide cordialmente de usted,

Primer Antecedente de Esclarecimiento

Agosto 28

Antes no podía concebir que me adhiriera por entero a la hipótesis de la regeneración de la materia inerte, no obstante, después de presenciar los hórridos y sanguinarios ritos de invocación espectral, no me ha quedado más remedio que ceder y asumir con responsabilidad mi permanencia en esta amenazante empresa.

¡Dios me libre, pues he vendido mi sangre a los hombres!

Aunque quise preservar los principios elementales de la naturaleza humana, la transición ha generado un empeoramiento de las cosas, al punto que he transgredido íntegramente el código ético que regía mi actuar. Motivado por el creciente avance tecnológico que ha experimentado la ciencia en los últimos veinticinco años, es que, como he mencionado en los apuntes precedentes, me arrimé a la macabra iniciativa e instauré las bases del celeberrimo proyecto *ReIN02* (Resurrección por Invocación Nigromante), el cual constituye un segundo intento de resurrección humana por parte de los miembros más antiguos de la cofradía. Y yo que pensaba, en los instantes de reflexión que me confiere esta perenne esclavitud, que la posibilidad de revalidar la existencia de un ser vivo era sólo una cuestión científica.

Yo, que toda mi vida profesé el cristianismo con devoción, no me explico cómo es que la hechicería y sus ceremonias infernales, pueden descubrir con tanto éxito las metas que se plantean. Ya había leído en una encíclica papal, que el camino a las tendencias maléficas es libre de toda barrera moralista. Por lo demás, y en cuanto a esto no daré mi brazo a torcer, es evidente que en este caso existe una contribución infalible consentida por el ángel insurrecto.

Dieciocho meses han acontecido desde que el Director General de Docencia, desentendido de mis aspiraciones, me brindó un permiso especial para laborar en la propiedad universitaria localizada en Avenida Pedro González Riesco. Pero no escogí el sitio únicamente por un asunto de intimidad, sino también por el hecho de contar, en las proximidades, con una botica que me provee de todas las drogas y sustancias químicas necesarias para alimentar el progreso de la iniciativa.

Es preciso entender, que tras largas y extenuantes jornadas de sondeos y pruebas fallidas, concluyentemente he obtenido las nociones indispensables para ser el anfitrión primordial del resultado de las siniestras tareas emprendidas. Mis ayudantes, quienes pertenecen a la universidad a la que yo presto mis servicios, bajo solemne juramento de discreción, me han brindado su asistencia en forma excepcional; la gracia de contar con jóvenes incondicionales como lo son éstos, yace en la codicia que alberga su espíritu y en los sofismas que les mueven (a sabiendas que, en ocasiones, su proceder puede ir más allá de la estrictez que promueve la probidad). También es cierto que había demandado la colaboración de los alumnos de la Pontificia Universidad Católica de Bahía Paraíso, sin embargo, ellos se negaron rotundamente a afiliarse a una congregación que, a juicio de muchos, podía ser juzgada como un organismo que “no posee límites en lo referido a negligencia”.

Sí, comprometí al mismo tiempo las causas de mis afectos domésticos; me consagré plenamente a un estudio que ha vulnerado el significado genuino de la pasión y que ha puesto en tela de juicio el delirio mental. Ni siquiera me preocupo ahora de la estabilidad emocional de mis niños, al extremo que dos de ellos consideran ahora mis promesas como meros artificios para preservar el vínculo que nos une.

¡Cuánto lo siento, mis pequeñitos!

No se puede figurar el pavor que desata este esotérico oficio, desplazándome en la húmeda oscuridad y suplantando la identidad de los médicos para ingresar en los depósitos de cadáveres. ¡Es una atrocidad! ¿Pero cómo describir el amor innegable que siento por las virtudes de la ciencia? ¿De qué manera evadir ese sentimiento que se sobrepone a mis principios existenciales y al afecto por mi familia?

No ignoro, por otro lado, que tengo ciertos privilegios al interior del sindicato, sin embargo, la sola idea de tener que vislumbrar la combinación de mi trabajo con el inmundo arte nigromante, resulta ser una desazón que aterra totalmente mis perspectivas.

Pues bien, ahora dejo mis anotaciones, porque he recordado que dentro de una hora debo reunirme, en los suburbios de la ciudad puerto, con los cabecillas del gremio.

O. Salazar

Segundo Antecedente de Esclarecimiento

Septiembre 13

Me encuentro en el subterráneo del edificio de calle Pedro González Riesco. Ha sucedido algo sumamente espeluznante y a duras penas puedo redactar estas frases. Mis ayudantes y yo no hallamos el modo de advertir tanta bestialidad. Los tres jóvenes se encuentran aquí, frente a mi escritorio, y deploran abismalmente el haber accedido a la posibilidad de ser ennoblecidos con alguna distinción en el campo ingenieril. Todos, sin excepción, estamos al borde de romper en llanto y aún no nos hacemos de agallas suficientes para dirigirnos a la saleta que hemos acondicionado como pabellón de cirugía.

Recientemente percibimos un estrépito. Al parecer se ha dado inicio al ciclo de invocación, cuyo apogeo tendrá lugar una vez que se dé fin a la intervención quirúrgica. Han traído los restos del individuo que requerimos para tantear el objetivo. Debemos materializar la cirugía inmediatamente, pues de otra forma los brujos nos acusarán de abierta felonía y tendremos que ser sacrificados. Ellos no aguardarán un segundo más la puesta en marcha de los procedimientos que confirmarán la teoría de la restitución vital. ¡Oh, infinito cielo! Nadie sospechaba de la identidad del cadáver. Para nuestra desilusión, se trata de Boris, un estudiante de Ingeniería Civil Electrónica que destacaba por su desplante en los distintos simposios efectuados en el Aula Magna. Lleva tres días

desaparecido y no puedo admitir que sea él quien se vea sujeto a la fase final del

ReIN02. ¡Se había convenido que sería un criminal el que estaría en su lugar!

El procedimiento que se nos ha encomendado consiste, esencialmente, en embutir un módulo de propulsión eléctrica. Luego es necesario introducir una que otra tenaza en las cavidades oculares a fin de permutar los ojos por el de otro ser viviente (no ahondaré en más detalles al respecto). El cerebro no ha sufrido daño, pues los brujos, al momento de perpetrar el secuestro, han inyectado algunas sales diluidas que permiten su preservación. Todo está en orden, pero no puedo transigir, entre otras cosas, que la dentadura del muchacho haya sido lijada para que adopte la forma de colmillos. Intuyo que la desgracia se abalanza encima de nosotros.

Mis subalternos me animan a seguir, aún cuando su llanto es más férvido que el mío.

Pienso, honestamente, que después de esta cobardía no tendré más alternativa que huir o arrebatarme la existencia.

O. Salazar

Tercer Antecedente de Esclarecimiento

Septiembre 16

Trabajé encarnizadamente por merecer los vítores de los hombres más ilustrados de la faz terrestre, sin embargo, ha llegado el fin. Mi abominación es indómita y trastornante; la única salida que me resta consiste en escapar de la nación. Ya he dicho que los demonios exhortados poseían un aspecto feroz, pero más pavoroso fue contemplar la apariencia del muchacho. Es un ser monstruoso, indigno de la rendición de las multitudes pacíficas. Su risa irónica y gruesa, sus alaridos, ¡la forma en que despedazo el cuello de mi ayudante! ¡Inclusive se descompuso en carcajadas ante la presencia de los espectros!

Ya van quince víctimas en estos dos últimos días y la división de fuerzas especiales de la policía no ha podido localizarle. Los mismos hechiceros han desistido de hallar respuestas atañidas a la contravención, y muchos han optado por trasladarse a sus lugares de origen.

Debo rescatar los documentos que he dejado en uno de los compartimientos del estudio del subterráneo, ello, con el fin de impedir que se vuelva a forjar engendro semejante. Es mi obligación llevar a efecto esta tarea; sé que nada enmendará los errores de mi avaricia, mas estoy seguro que algo bueno se impondrá procediendo de la manera indicada.

A cada instante doy oídos, en el ensueño de mi perturbación, al desprendimiento de la carne de los rostros de los inocentes. Me es impracticable olvidar la ennegrecida mirada de Boris y los gruñidos que emitió cuando me zamarreó y me arrojó contra el mesón sobre el cual teníamos el instrumental de disección.

Que esto sirva de lección a la desmedida indagación humana. Pues aunque el hombre carezca de dogmas, sepa de todas formas, que el maligno obrar es siempre retribuido con tormentos aborrecibles. Es la ley de la vida y nada ni nadie puede hacer algo para impugnarlo.

O. Salazar